

Mallorca y Menorca

(Consideraciones sobre turismo, leídas
en el Ateneo C. L. y A. de Mahón, el 2 de Abril de 1928)

Rompiendo la uniformidad de la vida cotidiana ha sido agradable al espíritu una estancia reciente en Mallorca que, aun destinada al cumplimiento de profesionales deberes, ha proporcionado suficiente margen para disfrutar los encantos del ambiente de la mayor de las Baleares.

Hermana ésta de la isla de Menorca, tiene con ella tan escaso parecido que no lo encontrara quien desconociendo la Geografía fuera trasportado sucesivamente a una y a otra de ambas comarcas. La similitud del lenguaje podría confundir la tierra menorquina con otra catalana con tanta razón como pudiera hacerlo con la mallorquina y las vicisitudes de la Historia que en muchas ocasiones han reunido a las dos islas las han separado en otras para hacer más patentes las diferencias.

Es Mallorca un trasunto de los más hermosos vergeles de la tierra y para la admiración de sus bellezas naturales y para el disfrute de su benigno clima, una corriente de turismo ha encontrado su meta en ella, sembrándola de riquezas que han de convertirse en creciente progreso de la isla. El trabajo de sus hijos se ve coronado por el éxito y la alegría y el bienestar reinan en los hogares mallorquines. No ha de alejarse mucho el vialero para admirar los bellísimos paisajes de los alrededores de Palma, ni ha de ser exhuberante su fantasía para hallar en los olivos que pueblan sus campos pasto abun-

dante a las más extrañas imaginaciones, ni ha de ser profesional de la arqueología para sentir en su espíritu la voz del pasado al recorrer las estrechas calles y contemplar los vetustos edificios que constituyen la antigua ciudad de Mallorca.

En ella hemos pasado algo más de un mes, que nos ha permitido dejarla algunos días para visitar distintos parajes de la isla, tan pintorescos como las estribaciones de Na Burguesa o las alturas del Lluch, tan evocadores como el saludable retiro de Raimundo Lulio en la vertiente de Miramar, tan deliciosos como el puerto de Pollensa o de tan imponente grandeza como las cuevas subterráneas de Manacor o de Artá.

Las descripción de estas bellezas ha sido hecha por los poetas y se halla estampada en los relatos de viajes con tonos que hablan al espíritu ; nuestro objeto no ha de ser ese en estos momentos. Queremos dar una impresión sencilla de lo que nos ha sugerido el recuerdo de Menorca al gozar de las satisfacciones mallorquinas.

* * *

Del cabo de San Antonio como estribación del sistema orográfico peninsular forman las Baleares un extenso brazo que se hunde en el mar en largos trechos de su trayecto. Menorca surge de las aguas para mostrar una continuación de las tierras mallorquinas, ¡Parece mentira que siendo partes del mismo cuerpo ofrezcan diferencias tan substanciales! El mar latino que cubre gran porción del brazo que la Península extiende para buscar expansión en el Mediterráneo occidental, no sólo separa las islas sino que las diferencia totalmente. Porque distintos son sus campos, distintos sus pueblos, distinta la vida de sus gentes... y distinta también su historia con caracteres específicos que se reflejan en el ambiente evocador de sus ciudades.

No fué Mallorca objeto de la codicia de las grandes naciones ; de distintas procedencias llegaron a sus tierras gentes rendidas a los encantos de la comarca en que iban a buscar tranquilidad y salud ; a Menorca vinieron también gentes de

iguales procedencias, pero con carácter de dominadoras, para utilizarla a sus fines bélicos, rompiendo los lazos que había establecido la Naturaleza entre la balear menor y la metrópoli española. Nada en la organización urbana menorquina recuerda a los reyes de la dinastía de Mallorca ni al gran monarca aragonés Jaime I. En cambio, en ésta, monumentos y lápidas perpetúan el recuerdo del conquistador y de sus sucesores, y estos nombres se ostentan en la proa de los barcos más grandes de la Compañía marítima que tuvo su origen y asiento en el puerto de Palma. Para Menorca, la figura principal de la Edad Media, es la de su conquistador Alfonso III, nieto del que lo fué de la isla hermana. Y es que este Rey, cuyo recuerdo ha perpetuado la historia, más que por sus hechos guerreros, por el carácter liberal de su reinado tiene distinta y aun contraria significación para las dos islas. Porque el hijo de Pedro III el Grande, fué conquistador de Menorca y también de Mallorca. Pero así como a aquella la arrancó a los árabes, esta fué arrancada a los mallorquines y al unir ambas a la corona de Aragón, mató la independencia de la segunda que por el testamento del Rey Don Jaime, formaba un reino en unión de grandes territorios del mediodía de Francia. Si la memoria del rey Alfonso es grata a los menorquines, no ofrece para Mallorca motivos de gratitud.

La misma realización de las conquistas muestra aspectos muy diferentes en una y otra isla. Menorca se entregó al monarca cristiano por pactos; Mallorca no. Bien quisieron los moros de esta última evitar la efusión de sangre y capitular en condiciones siempre ventajosas para los conquistadores, pero, contra la opinión del mismo Rey, el espíritu de venganza y la esperanza de ver recompensados los esfuerzos con el reparto de tierras y riquezas pudo más que la reflexión, y a pique estuvo de fracasar la empresa ante la intransigencia cristiana. ¡Cuánta sangre de catalanes y aragoneses puede cargarse a la cuenta del propósito de vengar la muerte de los Moncadas! Porque es bien sabido que fué mucha la derramada por los moros, pero ¡a qué costa!

Esta tenacidad en el esfuerzo contrastando con la facilidad que ofreció la expugnación de Menorca, sería lógico pensar que obedecían al carácter de lo conquistado ; rico el territorio mallorquín, muy codiciado por los invasores y muy defendido por los que iban a perderlo ; pobre la roqueta menorquina, más apetecida por razones políticas y memos insistentemente guardada por sus moradores.

* * *

Mucho han realizado los hombres en Mallorca y la admiración del visitante se reparte entre los encantos naturales y las obras legadas por pasadas generaciones. Pero unos y otros atractivos tienen como fundamento o razón de su existencia la prodigalidad de la Naturaleza. Por el contrario, en Menorca abunda entre lo extraordinario la obra de los hombres. Desde los más remotos tiempos han estado estos sometidos a paciente labor para vivir en la pétreo corteza menorquina y desde las poblaciones megalíticas de veinte y más siglos ha, hasta el actual cultivo de los campos, todo cuanto se muestra en los parajes de la isla es resultado de una lucha constante del hombre con la dura roca en que fijó su asiento. Y cuando alguien acude a visitar la pequeña comarca pueden enseñársele monumentos de piedra, *taulas* enormes, círculos de rocas, habitaciones formadas con densos bloques y cuevas abiertas en los acantilados de sus costas, junto a parcelas de tierra roturadas de un modo inconcebible por entre los resquicios de una capa pétreo que parece refractaria a toda labor agrícola. No es extraño pues, que cuando queramos mostrar el pintoresco cuadro de las zonas de mayor vegetación o de atrevidos panoramas de la Naturaleza, que también en Menorca se encuentran, para llegar hasta ellos hayan de recorrerse difíciles caminos, porque constituyen la excepción o porque no se ha exaltado su atractivo ante la manifestación mineralógica que el menorquín sabe utilizar para sus construcciones y para cuadricular su agro con las líneas continuas de sus *tancas*.

Además, fuerza es confesarlo, el espectáculo siempre bello del mar no ha sido utilizado como pudiera creerse en una isla que ha de encontrar en aquél sus mayores encantos. Pero la vida se ha refugiado en el interior, como huyendo de amenazas que, en otros tiempos, se hacían efectivas con frecuencia y no se ha pensado, tal vez, en que pudiera rendir alguna utilidad un paseo de cornisa que rodeara la roqueta o que por lo menos uniera los parajes más deliciosos de sus costas.

Ello sólo ofrecería al turismo un aliciente de valor extraordinario, sobre todo si estimulada la afición al arbolado se repoblaran grandes extensiones con los pinares que parece les alegraron en otro tiempo y de los que se conservan algunas muestras en los deliciosos accesos al mar de Santa Galdana y en Alcaufar, entre otros parajes.

Pero es titánica la obra que representaría esa vía periférica y si algún día llegara a verse construída es indudable que habrían pasado muchas generaciones antes de que pisara la tierra la primera destinada a disfrutar de tal atractivo.

Y aun para llegar a tal, habría que reducirse a modestas pretensiones, al trazado de cortos trayectos cuyo enlace constituyese a la larga el paseo de circunvalación que sustituyera al pobrísimo camino de caballos hoy existente.

* * *

Las razones por las que Mallorca es hoy objetivo de una corriente incesante de turismo extranjero las constituyen, como es sabido, los encantos de la comarca, pero no tendría aquella su auge actual si para iniciarla y conservarla no se contara con una red de comunicaciones interiores y con el exterior, bien estudiada, que facilita el acceso a la isla en condiciones de frecuencia y comodidad, merced a las cuales es posible trasladarse diariamente de la Península a la balear mayor, recibíendose también correspondencia diaria, y es igualmente posible llegar en auto hasta los parajes más alejados de la capital que merezcan ser conocidos y recorrer las vías que dominando la costa muestran las perspectivas más

soberbias ; a una industria hotelera de gran desarrollo que, en condiciones nada onerosas, extiende sus servicios por medio de sucursales a puntos apartados de las poblaciones que deben ser objeto de visita o que por lo pintoresco y saludable del sitio convidan a la permanencia en ellos y tiene a disposición del viajero servicios de información y de transporte que facilitan las excursiones con toda comodidad ; a la propaganda, por último, que (aún parece a los mallorquines insuficiente) hace llegar a todos los ámbitos de la tierra las excelencias del clima, la luminosidad del ambiente y la tranquilidad de la vida, el encanto del color y lo soberbio de los accidentes y panoramas que la isla atesora.

No hemos de decir que a Menorca le falta todo eso y que sus atractivos no sólo permanecen ignorados, sino en estado de difícil acceso. En Menorca nadie lo ignora y, por eso, no falta quien dedica sus esfuerzos a mejorar la situación. Porque apesar de la inferioridad orográfica y forestal de esta roqueta, apesar de la insuficiencia de sus obras públicas para hacer fácil el recorrido de su pequeña extensión en los parajes más atractivos, cuenta con estos en número bastante para justificar la visita de los turistas. El puerto de Mahón, aún predominando en él el aspecto militar y el de refugio de la navegación en general, produce efecto de admiración a todo el que lo contempla ; los monumentos megalíticos asombran al que los ve y convidan al estudio ; las cuevas artificiales de las calas a que dan nombre muestran un raro ejemplar de este género de edificaciones de la remota antigüedad ; las ruinas de Santa Agüeda son de alta evocación histórica ; los barrancos que desembocan en la costa Sur constituyen, por contraste con el terreno que los flanquea, unos lugares de belleza innegable y, para no citar más, la ascensión al Monte Toro proporciona al viajero ocasión de contemplar un panorama tal vez único entre los que divisara en sus continuas andanzas.

Hay otra particularidad de Menorca que produce en los extraños sentimientos de admiración inevitables. Es el aspec-

to de sus poblaciones que se basa en un espíritu de aseo e higiene y en un afán de urbanización que contrastan con las reducidas posibilidades de una isla naturalmente pobre.

Más para que todo ello sea motivo de atracción al turismo mundial conviene dar a éste facilidades en las comunicaciones y en los hoteles y estimularlo en la propaganda.

¿Cómo? Digamos algo sobre ello.

* * *

Nada sería más contrario al propósito indicado que obrar con precipitación y pretender abarcar los distintos aspectos del problema de una sola ojeada. Debe seguirse algún orden, simultanear lo que se pueda sin perjuicio de la obra y poner en la labor una perseverancia que sólo puede lograrse a merced de un franco optimismo. Pocas ideas son irrealizables si la fé las alienta, pero es preciso tiempo para llevarlas a buen término.

En el camino del levantamiento de esta isla espero más de los hombres soñadores que de los excesivamente cautos. De aquellos sueños pueden obtenerse algunas realidades, aunque sean pequeñas; de la cautela exagerada no se deduce más que la perpetuación de lo existente en invariable estado. Se logran, sí, la tranquilidad y el descanso, pero no se avanza en el camino del progreso.

Vayamos por partes. Estudiemos primero de donde ha de esperarse la corriente del turismo. Sentada esta premisa será fácil marcar una orientación a la obra que nos interesa.

Menorca tiene fijadas naturalmente sus vías de comunicación en dirección de Mallorca y en dirección de Barcelona. Podrían establecerse líneas que nos unieran directamente con Valencia, pero los conceptos que a estas aplicáramos serían exactamente los mismos que podremos emplear a propósito de las de Barcelona.

Nosotros creemos que, hoy por hoy, ni de la Península ni de otros puntos del Continente puede esperarse más corriente turística que la que estamos viendo en la actualidad. Algunas

expediciones, muy de tarde en tarde; organizadas por las compañías navieras o alguna estación de *yachts* de recreo que van tocando en los puertos del Mediterráneo. En escaso número, también, figuran las visitas de arqueólogos y de artistas. Estas visitas aumentarán con el tiempo a merced de la propaganda que, con sus obras, realizan unos y otros. Pero no nos referimos a ellas ya que no son propiamente de turismo. Este busca los atractivos que impresionan a la vista por encima de toda reflexión sugerida por el estudio. Busca el turista saludable ambiente y esparcimiento para los sentidos. Y es evidente que con tales objetivos sería ilusión pensar que las grandes masas de turistas vinieran a pasar temporadas largas o cortas en Menorca desde grandes distancias. Nuestra isla debe utilizar una corriente ya definida a la que sea fácil una prolongación de sus itinerarios. Para los visitantes de España es mucho pedir que tomen pasaje en un barco y pasen una noche en el mar para llegar a la balear menor. En cambio para los que visitan y hasta invernán en Mallorca les sería fácil trasladarse a Menorca a través del canal que separa las dos islas; ello no sería más que alargar la longitud de las excursiones que tienen en Palma o en algún lugar de la isla hermana su punto de partida. El turismo está encarrilado hacia Mallorca, y Menorca podría ser una prolongación de ese turismo. Lo que no creemos pueda ser, sino de un modo esporádico y pobre, es que desde la Península se encarrile hacia esta *roqueta*. Para conseguir que los visitantes de Mallorca alarguen su excursión hasta Menorca basta proclamar los actuales atractivos de esta isla... si se les dan facilidades. Pero tales atractivos no han de bastar para decidir a los viajeros a pasar una noche en el mar, si las facilidades no existen.

He ahí, pues, la premisa que queríamos sentar. El turismo ha de venir por vía de Mallorca. Para facilitararlo, encauzado como está sin esfuerzo nuestro, precisa pensar en las comunicaciones, ya que si el turismo ha de venir de Mallorca es porque entre las dos islas la travesía resulta muy corta aunque

actualmente por las dificultades para resolverla nos parezca que estamos tan distanciados de la balear mayor como de la Península. Surge, pues, lógicamente la necesidad de intensificar el tránsito por las líneas Alcudia-Ciudadela, lo que podría conseguirse con extrema facilidad si, tanto por parte de Mahón como por parte de Ciudadela, se hicieran algunas renunciaciones a lo que consideran actualmente como servicios propios.

Actualmente se realizan cuatro viajes semanales a Mallorca y viceversa; uno desde Mahón y otro desde Ciudadela con término común en Palma y otros sendos viajes desde los mismos puertos menorquines a Alcudia. Estos dos últimos por coincidir en las fechas se reducen prácticamente a uno solo.

Con Barcelona tenemos dos viajes directos desde el puerto de Mahón y uno que hace escala en Alcudia. Este último presta seguramente más servicio a Mallorca que a Menorca.

Nosotros hemos de perseguir dos ideales; primero, la comunicación diaria con Mallorca; segundo; el enlace de esta comunicación diaria con la de la isla hermana a la Península. Ello nos produciría dos ventajas, el correo diario y la posibilidad de trasladarnos todos los días desde cualquier punto de Menorca a un puerto de la costa levantina peninsular en menos de veinticuatro horas. Claro está que establecidos los servicios en forma que llenasen tales ideales tendríamos facilitada la prolongación del cauce de turismo desde Mallorca a nuestra roqueta.

Pero, es ello posible? Y basta con unos itinerarios de vapores bien combinados para resolver este problema? Ello es posible, pero no basta. Vayamos por partes.

Decimos que es posible porque podríamos asignar un destino determinado a los puertos extremos de la isla. Mahón sería el punto de partida de las comunicaciones con Barcelona, Ciudadela lo sería de las que nos uniesen a Mallorca. Podríamos así convertir los recorridos actuales de las líneas Palma-Mahón, Alcudia-Mahón y Palma-Ciudadela en recorridos Alcudia-Ciudadela y tendríamos las 210 millas de Ciudadela

a Palma y viceversa, más las 112 de Mahón a Alcudia y regreso y las 196 de Mahón a Palma y recorrido inverso, que dan un total de 518, invertidas en seis recorridos Ciudadela-Alcudia-Ciudadela que añadidos al que hoy figura semanalmente en los itinerarios nos darían uno diario y un sobrante de 122 millas que podrían utilizarse dejando sin suprimir el viaje de escalas, ya que no es de presumir que el trayecto Alcudia-Barcelona se suprima nunca por lo mucho que conviene a Mallorca.

Podríamos tener correo diario con la última isla citada y fijando bien el itinerario de los vapores enlazar con los trenes de la Puebla a Palma y con los correos de Palma a Barcelona o Valencia. Inversamente, una acertada combinación nos permitiría recibir todos los días la correspondencia de la Península, y leer la prensa de Barcelona al día siguiente de publicada, lo cual sólo ocurre hoy tres días a la semana. Claro está que el público preferiría utilizar siempre los viajes directos y desde luego el comercio, pero el interés que motivara el viaje o la expedición comercial sería el único regulador de la rapidez conque se realizara.

Es cierto que estas combinaciones nos privarían de la actual con Valencia y de las directas con Palma. Ella es una de las dificultades para su aceptación, pero no una razón para que no constituyan un ideal. Ya hemos dicho que no bastaba el plan de comunicaciones para resolver el problema y no basta porque estas líneas marítimas deben complementarse con un sistema de trasportes terrestres que evite las incomodidades y salvar, además, los inconvenientes que ofrece el puerto de Alcudia para todas las operaciones ya relativas a pasajeros como a la carga de ganado y efectos. Y sin que estas dificultades se resuelvan no será posible realizar de lleno el ideal y será forzoso buscar una solución transitoria. Dejar una de las líneas que terminan en Palma y suprimir el equivalente en recorridos Ciudadela-Alcudia-Ciudadela.

¿Cuál podría suprimirse? El problema es de lógica. La lí-

nea Mahón-Palma tiene la ventaja de un menor número de millas que la de Ciudadela-Palma. Además por ser prolongación de la línea Valencia-Palma, evita los trasbordos en el último puerto de las mereancias que se dirijan al puerto levantino.

La línea Ciudadela-Palma no tiene ventajas más que para Ciudadela. Su supresión obligaría a trasladarse a los viajeros y trasportar las mercancías a Mahón cuando hubieren de dirigirse aquellos o de enviarse estas a Palma. Todo ello, naturalmente, en escaso número o reducido peso. Es lógico pensar que a los ciudadelanos y al comercio especialmente habría de contrariarle que la supresión de su vapor les obligara en alguna ocasión a realizar gastos de que hoy se hallan libres. Nada sería más justo que darles una compensación y esa compensación sería la de evitarles tales perjuicios poniéndose de acuerdo la Compañía de trasportes marítimos con las terrestres a fin de que en los precios de pasaje y carga en los vapores se incluyeran siempre los correspondientes a los recorridos por carretera. Y ello podría hacerlo la primera Compañía citada, si el Estado le concedía una exención de recorridos, a los efectos de la subvención, que le compensase de los mayores gastos correspondientes a los pasajeros y mercancías de Ciudadela.

El plan de transición podría ser este: Los viajes a la Península, como en la actualidad. Un viaje directo a Palma desde Mahón. Y cuatro viajes de Ciudadela a Alcudia que podrían ser tres de ellos en días no correspondientes a los viajes directos ni al de Palma y el cuarto coincidiendo con el de escalas a la Península.

Ello permitiría sino correo diario con la Península por lo menos seis días a la semana y al turismo le ofrecería cuatro ocasiones semanales también de trasladarse en el breve tiempo de dos horas desde Mallorca a Menorca.

Tomando en consideración los recorridos actuales la combinación expuesta ofrece un sobrante de doce millas a la se-

mana con respecto a la actual en vigor. Dichas doce millas semanales suman al año más de seiscientas que siguiendo computándose para la subvención podrían dar a la Compañía de Correos marítimos el medio de compensar a los ciudadanos de los perjuicios que les acarrearía la supresión de su actual vapor directo a Palma.

Ha de burcarse en los servicios que al turismo se dediquen, el medio de proporcionar las mayores comodidades a los viajeros. Imposible pensar que, a menos de tratarse de un deportista, pueda agrandar a nadie el traslado desde el vapor al muelle de Alcudia si no se realiza en embarcaciones seguras, resguardadas del viento, del sol y de la lluvia, en condiciones propias para personas, lo que hace poco tiempo no ocurría, sin que me atreva a juzgar de lo que sucede en la actualidad porque desconozco el sistema que se sigue y sólo he oído decir que ha variado con respecto al anterior con patente mejora para el pasajero, lo que me ha alegrado sobre manera. Sería también conveniente que los autos de servicio público para trasportes a Mahón desde Ciudadela pudieran aguardar a los viajeros en los mismos muelles, lo que si hoy es algo difícil podrá conseguirse cuando dichos muelles se ensanchen y prolonguen, transformación esta última que no ha de ser muy difícil

Y aunque colocamos este dato en último lugar, ha de procurarse que el barco para turismo, que debe ser el de Alcudia a Ciudadela, sea algo más que marinero, que quiere decir bailarín. Debe ser un barco, no de lujo, pero sí de condiciones precisas para que los viajeros no entren en él preocupados por la estrechez del local y falta de confort. El buque no ha de ser grande y puesto que las travesías que realice han de ser cortas y casi siempre en horas del día, pueden suprimirse los camarotes y espaciar así las salas para el pasaje dotándolas de comodidades. Los pasajeros, teniendo facilidades para viajar no lo harán cuando el tiempo esté malo y para el reposo de los mareados bastarán unos divanes y en caso extremo

una camareta con dos o tres literas. Con esto y un servicio de bar regularmente montado quedará tal vez resuelto el problema.

* * *

Después de las comunicaciones que nos relacionan con el exterior fuerza es hablar de las interiores. A la administración del Estado quizá deba Menorca un mayor trazado de vías de comunicación que la generalidad de las comarcas peninsulares de igual extensión. Pero con todo no basta al objeto del turismo. Los lugares más pintorescos por punto general se hallan separados de las carreteras y a menudo es preciso llegar a ellos a lomos de una caballería. El acceso al mar es difícil en muchos parajes dignos de ser visitados y los monumentos megalíticos exigen al admirador en las más de las ocasiones seguir caminos erizados de obstáculos en forma de tancas y barreras, amén de lo que significa el lógico cerramiento y natural prohibición de penetrar en terreno que es de propiedad privada. Con empeño se logra ver todo porque se encuentran los medios de llegar á todos los parajes de la isla y los propietarios tienen la amabilidad propia del carácter hospitalario de los menorquines. Pero no es esto lo que el viajero desea ni es posible hacer una propaganda en la que la condescendencia del particular haya de ponerse a prueba para que dé frutos, tal vez a costa de sus intereses. Por eso la obra de dejar al alcance del *turista* todo lo que hay en la isla digno de ser visitado requiere un estudio especial y un acuerdo tan general que los mejores propósitos quedarían truncados si se encontrasen pequeñas oposiciones. La labor ha de ser lenta ; deben elegirse tres o cuatro parajes señalados y resolver el problema de su accesibilidad poniendo de acuerdo a los propietarios con los municipios, mediante caminos conservados a costa de pequeños peajes, como ocurre con el que conduce a Alcaufar. Y señalados esos parajes podrían ser el objeto de la propaganda. Calas Covas, el barranco de Algendar, facilitar el acceso a las playas de Son Bou, los mismo que a algu-

nas del Norte y la ascensión al Monte Toro, las visitas a algunos de los pueblos, a las cuevas naturales que en distintos puntos son dignas de contemplarse y a las calas más pintorescas, podrían ser la base de tal propaganda. La obra no sería muy grande y valdría la pena de emprenderse si se tuviera la seguridad de que los gastos a realizar habían de ser remuneradores o por lo menos compensados.

En este respecto de las comunicaciones no podemos menos de testimoniar la viva gratitud que los menorquines deben al celoso ingeniero don Valeriano Ruíz de Guevara que ha puesto al servicio de Menorca su laboriosidad, su inteligencia y hasta su salud. El amor a su profesión le ha inspirado, con frecuencia, ideas de obras que miran al porvenir de esta tierra por cuyo engrandecimiento ha mostrado un interés verdaderamente cjemplar.

Por no ser menorquín ni ligarle a esta isla otras razones que la de su destino, merece que exterioricemos nuestro reconocimiento con una mención especial, que le distinga de todos aquellos que realizando esfuerzos, también loables, obedecen a las inspiraciones de su origen local.

* * *

Pasando ahora al extremo de los hoteles es preciso reconocer que nos movemos en un círculo vicioso. Tema es este que se debate con mucha frecuencia. Ya hemos dicho la importancia que tiene y hemos apuntado la necesidad de resolver el problema que plantea, pero de esto a considerarlo como el único causante de que Menorca no sea favorecida por el turismo va mucha distancia. Seguramente los hoteleros ponen toda su buena voluntad en el afán de servir al público, pero los viajeros no llegan y es lógico que hayan de proceder con modestia. Y los viajeros, de turismo, no vienen, se dice, porque no hay hoteles en Menorca adecuados para ellos.

El día que los turistas frecuenten la isla los hoteles mejorarán sin necesidad de otro estímulo. Pero, cómo se trae a aquellos? Ya hemos dicho hasta que punto las comunicacio-

nes marítimas han de facilitar el problema. Si a la par que se resuelve ese aspecto de la cuestión, la industria hotelera se esfuerza en perfeccionar sus servicios, habremos adelantado bastante.

El mero hecho de construir un nuevo hotel con las comodidades que el visitante apetece, puede ser motivo de facilidad para las visitas pero ello en sí no es atractivo ni mucho menos. Si se alza un magnífico hotel en la isla del Aire, nadie se molestará en visitarle por el gusto de albergarse en tal hotel. Este ha de ser el complemento y claro está que si a la par que un hotel nuevo mejoran los actuales, cuando las comunicaciones y la propaganda hayan alcanzado el justo desarrollo, para todos habrá concurrencia sin que unos hagan daño a los otros. Y el que quiera extender su negocio podrá establecer sucursales en los parajes más pintorescos que conviden a la permanencia del viajero y facilitar las excursiones por el interior de Menorca como uno de los servicios anexos a su industria.

* * *

Pero sobre todo y ante todo, la propaganda es lo principal en esta cuestión. No ha de negarse que estamos en un período de relativa actividad; la crónica, la novela, la prensa diaria y aún la misma consideración militar que se reconoce, ahora más que nunca, a este territorio hacen labor de divulgación de la existencia de la balear menor, casi del todo desconocida como individualidad de la geografía pintoresca. Pero en esa campaña esporádica falta la organización; los esfuerzos aislados no pueden dar un resultado eficaz y la organización ha de procurarse por todos los elementos que están interesados en asunto tan vital: los Municipios, las empresas de comunicaciones marítimas y terrestres, la industria, en especial la hotelera, el comercio, las sociedades de recreo, entidades marítimas y la propiedad. El Ateneo ha puesto hasta el presente en esta obra una gran parte de su patriótica labor; la *Guía de Menorca* y la REVISTA DE MENORCA que a apartados confines de uno y otro continente han llegado y llegan dan a

conocer el presente y el pasado de esta isla con cariño de entusiastas. Por eso el Ateneo con los demás centros de cultura de la Isla deben formar parte del organismo que dé forma a la propaganda, en el que la Subcomisión de monumentos históricos y artísticos debe tener representación por lo que atañe al aspecto técnico del turismo que en la actualidad es casi el único propulsor del reducido que a Menorca se dirige.

Con representantes de las entidades mencionadas deberá constituirse en Mahón otra que podría llamarse de atracción de forasteros o de turismo, cuya entidad trazaría el plan y lo seguiría fielmente. Dicho organismo habría de tener correspondencia constante y aun representación cerca de los análogos de otros lugares, muy en especial de Palma de Mallorca y de Barcelona; entrar en relación con las grandes agencias de viajes que existen en las principales capitales de España y del extranjero, circular folletos sencillos en los que se divulguen todar aquellas cualidades isleñas que puedan ser aliciente para los visitantes y dar a conocer su existencia a quienes apenas si tienen vaga idea de ella, promoviendo la publicación de artículos en revistas y periódicos con la frecuencia que las circunstancias aconsejen, procurando la concurrencia de artistas y personalidades de relieve para que sus impresiones sirvan de estímulo general y adoptar todas las formas de propaganda que su patriótico celo sugiere a la entidad que nos ocupa. Y labor principalmente de ella sería la de acercar espiritualmente a Mallorca y Menorca. Por ese pequeño brazo de mar que más las separa que las une, se desliza una corriente de recelos y olvidos que sólo interrumpen los actos aislados de algunos hombres de buen deseo. Las dos islas se desconocen mutuamente y no hacen nada o casi nada por conocerse. Las publicaciones mallorquinas tanto de prensa como de cualquier otro orden apenas llegan a Menorca; de las menorquinas poquísimas se conocerán en la balear mayor y este detalle prueba que no hay correspondencia espiritual entre las dos hermanas. Y porque lo son y por conveniencia de ambas

creemos que debe buscarse una compenetración a la que obliga el común origen y a la que invita el mismo nombre con que las dos figuran en las descripciones geográficas.

Desde las costas de una y otra balear pueden mirarse mutuamente; la Naturaleza así lo quiso; desgraciadamente los fenómenos geológicos hicieron que fuera marítima la vía que las uniera pero los hombres han de hacer algo para que esa aproximación sea cada vez mayor. Si espiritual y materialmente se procura, los beneficios serán sensibles, a la vez, para una y para otra, que no hay nada que fructifique tanto como el cariño entre los hombres.

En el funcionamiento de la entidad a que nos hemos referido habría de presidir una calma prudente, que no la pudiesen turbar las impacencias ni el deseo de obtener momentáneos éxitos. Obra para el porvenir exigiría grandes dosis de altruismo: los hombres laboramos para los que nos han de seguir en este mundo; la generalidad de las grandes obras no suelen disfrutarlas los que las han construido sino los que llegan más tarde a la vida... Al proceder se ha de pensar en Menorca solamente...

Y para el sostenimiento de tal entidad serían indispensables dispendios de alguna consideración. Cuantos más contribuyesen a tal fin, menor habría de ser la aportación individual, pero empleando la frase castellana, sería este uno de aquellos casos en que precisa «herrar o quitar el banco» porque sin exponer nada, nada se consigue y sólo con desprendimientos, que no habrían de ser extraordinarios, podría lograrse encauzar este problema. De lo contrario dejemos las cosas como están y vivamos tranquilos, pero tranquilos con paz de sepulcro y sin más aspiración que la de pasar años en la dulzura de una vida sin accidentes y sin aspiraciones...

* * *

Yo no sé si me llamaréis soñador: tal vez lo sea. Y ojalá sólo hubiera soñadores en el mundo. En una revista he leído un fragmento de una obra de Benavente; explica en ella un

personaje como una muchacha fea, bastante fea, se hizo retratar por un pintor de mucha fantasía. Y gracias a éste el retrato no se pareció en nada al modelo. Sobre el lienzo quedó una hermosa mujer de la que sólo algunos rasgos recordaban a la retratada. Y vino el milagro!... El milagro fué que la muchacha se admiró de verse tan favorecida en la imagen creada por el pintor y comprendiendo que esta la superaba en belleza, decidió tomarla por su propio modelo y esforzarse por parecerse a ella. Y con perseverante constancia fué arreglándose, poco a poco, tomando a su ideal retrato por espejo y acabó por trasformarse y embellecerse...

El ingenio del aplaudido escritor nos dá la clave en esta manía de los soñadores que yo la calificaría de laudable si, por poseerla a ratos, no pasara plaza de inmodesto. Soñad los que seais amantes de Menorca ; soñad acopiando en vuestra fantasía elementos que tomeis de la visión de ciudades en las que sus hijos han logrado espléndidas apariencias de una belleza urbana cautivadora, reunid en vuestra creadora fantasía los detalles de jardines y paisajes que la mano del hombre ha transformado con el poderoso aliento de su entusiasmo ; repetid esos encantos por los pueblos y por los campos de esta roqueta y la vereis como un ideal propio de vuestro cariño de hijos. Cuando despertéis haced el propósito de acercaros a ese ideal y poned cada día un poco de vuestro esfuerzo para conseguirlo... y el milagro se hará algún día. Ese día feliz que debe ser continua esperanza de los menorquines y aun de los que, sin serlo, nos place considerarnos como tales.

JOSÉ COTRINA

Mahón 22-III-1928.